

rible jornada no concluida hasta las once de la noche del 16 de junio, y por tanto se mantuvo otras diez y ocho horas á caballo. Finalmente, hay una postrera consideracion mas concluyente que otra alguna á saber, que á la parte de Fleurus no apremiaba tanto la entrada en accion como á la parte de los Cuatro Brazos, pues si en los Cuatro Brazos convenia darse prisa á interceptar el camino á los ingleses, por el contrario, en Fleurus convenia dejar que desembocasen los prusianos, para obligarles á combatir en el punto mas ventajoso para los franceses. Sin duda que la batalla no se debia dar demasiado tarde, si se deseaba tener tiempo bastante con el fin de hacerla decisiva; pero importaba poco darla por la tarde ó por la mañana. Como el dia empezaba antes de las cuatro, y no concluia hasta despues de las nueve, para batirse tiempo habia sobrado, y no era cosa de lamentar los instantes dedicados por la mañana á adquirir noticias y á poner en marcha las tropas.

No menos bien empleado fué en Ligny el tiempo. Llegado Napoleon alli antes de medio dia, y encontrando vacilantes á sus generales, por sí no titubeó un momento, y determinó dar batalla. Pero aun no habian llegado las tropas, con especialidad las de la derecha formada por el cuarto cuerpo, y Napoleon hubo de tener paciencia. Ya estaba en aptitud de pelear á las dos de la tarde; pero habiendo ideado la combinacion excelente de atraer á sí una parte de las tropas de Ney, con el fin de coger de revés á los prusianos, al mariscal quiso dejar alguna delantera, y así aguardó á que retumbara el estampido de sus cañones. Impaciente de esperar sin fruto, le despachó una ór-

den tras otra, y á eso de las dos y media por fin dió la señal del combate. Aun entonces, tiempo quedaba suficiente para sacar todo el partido apetecible de la victoria, si la falsa alarma concebida por Vandamme á las cinco y media, no hubiera hecho perder instantes muy preciosos, y diferir la carga decisiva que debia ejecutar la Guardia imperial casi hasta las siete de su tarde. Dada esta carga á las cinco y media, positivamente facilitara el modo de perseguir y de abrumar á los prusianos. Así y todo, tiempo hubo para batirlos completamente, puesto que entre muertos, heridos y fugitivos, se les hizo perder mas de la cuarta parte de sus fuerzas.

Quimérico fuera pretender que se empleó tan bien el dia hácia los Cuatro Brazos. Si en Ligny nada importaba el tiempo, á lo menos bajo cierta medida, al revés en los Cuatro Brazos, cada minuto perdido era una desgracia. Allí con efecto, además del inmenso interés de poseer lo mas pronto que fuera posible el punto de union entre los ingleses y los prusianos, tambien habia el interés no menos grande de atacar á los ingleses antes de que tuviesen muchas fuerzas. Solo tenian alli el 15 de junio por la noche cuatro mil soldados, de Nassau todos, y no hubo mas tropas hasta el 16 á medio dia. A siete mil llegaron desde esta hora hasta las dos de la tarde, y no contaron ni un solo hombre mas hasta las tres y media. Ney contaba nueve mil combatientes el 15 de junio por la noche, á las once de la mañana siguiente le contaba á su lado, y los pudo aumentar hasta veinte mil á esta hora. Respecto de las órdenes verbales que la tarde anterior habia recibido, necesario fuera admi-

tir las mas estupendas inverosimilitudes, para suponer que no contuvieran la indicacion de los Cuatro Brazos; pero de todos modos al dia siguiente, en órdenes escritas y entregadas por Mr. de Flahault á las diez y media, y reiteradas muchas veces en el curso de la mañana, se contenia la indicacion de los Cuatro Brazos, y el mandato formal de tomarlos á toda costa. Ahora bien, desde las diez y media de la mañana hasta las tres y media de la tarde, cinco horas fueron las trascurridas, y durante ellas pudo abrumar con veinte mil hombres á la division de Perponcher fuerte de siete mil tan solo.

A la verdad no anduvo Ney en vacilaciones desde que recibio las órdenes escritas de Napoleon á esode las once, y hasta se decidió á atacar vigorosamente los Cuatro Brazos; pero habiendo tomado por sí y ante sí el general Reille la determinacion de retener las tropas, á consecuencia de un parte, por el general Girard mal interpretado, Ney vióse obligado á estar en espera tres horas. Asi desde las once no fué suya la culpa, y todavia á las dos de la tarde, cuando se queria lanzar con el mayor ímpetu sobre el enemigo, Reille fué quien le retuvo á causa de tener muy en la memoria los sucesos de España, sin duda obrando con intencion muy buena, pero ello es que le retuvo de plano. Al cabo, cuando se emprendió formalmente la acometida, ya eran en número igual los ingleses, y muy luego juntaron fuerzas superiores.

Asi en los Cuatro Brazos perdióse el tiempo de una manera lastimosa el 45 de junio por la noche y la mitad del dia siguiente, y perdióse en el punto donde ganarlo todo lo posible era de la mayor importancia.

Esto es cuanto se puede manifestar acerca del empleo del tiempo, y ahora véase lo que se puede añadir en punto á las operaciones. La primera combinacion de Napoleon en Ligny fué una de las mejores de su carrera militar á todas luces. Al ver como se desplegaban entre Ligny y las tres aldeas de Saint Amand los prusianos, sin cuidarse de su espalda ni de su derecha, cuando tenian detrás á Ney con cuarenta y cinco mil hombres, se le ocurrió el pensamiento feliz de echarles encima una parte de estas tropas, lo cual debia sin duda hacer que la mitad del ejército de Blucher cayera en manos de los franceses. En concepto del general Roguier, juez severo de Napoleon despues de su caída, preferible fuera otra maniobra, la de atacar por la extremidad de las tres aldeas de Saint-Amand, es decir por la extrema izquierda de los franceses contra la extrema derecha de los prusianos, para arrollarlos hácia Sombreffe y separarlos de los ingleses. Desde Santa Elena ya rebatió Napoleon críticas de esta laya con la altivez del genio ofendido y respondiendo á la medianía presuntuosa y denigrante. Segun dijo muy á maravilla, no se trataba de separar á los prusianos de los ingleses, lo cual ya se ejecutaba por el mariscal Ney en los Cuatro Brazos, sino de copar es una parte de sus tropas, y declinando Ney sobre su espalda, fijamente se les cogiera una porcion considerable. Finalmente, cuando se vino á frustrar esta combinacion á causa de retardos y de equivocaciones sensibles, adoptando el partido de romper mas arriba de Ligny la línea enemiga, Napoleon demostró una vez mas su inagotable fecundidad de recursos sobre el campo de batalla.

19) Ni tan bien calculado, ni tan bien invadido fué el terreno de los Cuatro Brazos. Mas heroico que nunca, fáltó estuvo Ney de su habitual sangre fría. Sus fuerzas gastó sobre las alas, á la derecha delante de la quinta de Gimioncourt, á la izquierda contra el bosque de Bossu. Las prodigiosas cargas de su caballería, esterilizadas por falta de apoyo, patentizaron que hacia el centro, es decir en los Cuatro Brazos, le fuera posible romper la línea enemiga. Con efecto, si en lugar de atenerse á una orden revocada por otra y por los mismos sucesos, á un mismo tiempo lanzara Ney las cuatro brigadas del conde de Valmy y la caballería ligera de Lefebvre Desnoettes, que unidas á la caballería de Piré le suministraran siete mil jinetes; si en lugar de forzar á la excelente división del príncipe Gerónimo, compuesta de cerca de siete mil hombres, á agotar contra el bosque de Bossu sus fuerzas; á una brigada de Foy dejara delante de este bosque, y precipitara siete mil jinetes y ocho mil soldados de infantería sobre los Cuatro Brazos, fijamente destrozara el centro del duque de Wellington y repeliara una parte de sus tropas sobre el camino de Nivelles, otra sobre el camino de Sombreffe, y de la preciosísima posición de los Cuatro Brazos quedara dueño de este modo.

No obstante, este triunfo, deseable sin duda, porque abatiera mucho el orgullo de los ingleses y aniquilara una porción considerable de sus fuerzas, no era lo que mas importaba en esta jornada. Efectivamente, gracias á la admirable firmeza de Ney, al cabo los ingleses se hallaron ocupados y fueron contenidos y retenidos, que era lo esencial á todas luces, y nada hubiera de lamentable si el

cuerpo de tropas del conde de Erlon, tan pronto llamado hacia la derecha como hacia la izquierda, é inútil de consiguiente en todas partes, no dejara que se evadiesen los prusianos, cuando á la mitad podia coger prisioneros. Esta y no otra fué la desgracia de esta jornada, la que en lugar de un triunfo decisivo hizo de la batalla de Ligny una victoria gloriosa sin duda y hasta de trascendencia, pero muy inferior á lo que pudiera ser bajo el aspecto de los resultados. Aqui se dibuja con rasgos siniestros la fatalidad formidabile, que en estos postreros dias hizo fracasar las combinaciones mas profundas y el heroismo mas extraordinario. Confusion produce y no poca vez cuantas veces el conde de Erlon estuvo á punto de tocar al fin verdadero, y cuantas veces fué desviado de su alcance en el momento de tocarlo ya muy de cerca, no sin gran pesadumbre de los soldados, que á la sazón mostráronse mas perspicaces que sus gefes.

Esta fué y no otra, repetimos, la verdadera desgracia de la jornada. ¿Y tuvo alguien la culpa de tal desgracia, ó fué solo puro rigor de la fortuna? Esto nos falta examinar todavía. Sabiendo Napoleon que en los primeros momentos Ney se hallaba con pocos enemigos encima, de cuarenta y cinco mil hombres bien le podia pedir diez ó doce mil para un objeto decisivo hasta lo sumo, todavía mas decisivo que la ocupacion de los Cuatro Brazos. Asi por su parte la orden expedida al conde de Erlon distaba mucho de ser una falta. En cuanto á Ney, al recibir orden semejante, se debió resignar á mantenerse á la defensiva, muy posible con veinte mil hombres, segun lo acreditó dos horas mas tarde, y á privarse de Er-

lon para que acudiera á donde Napoleon le llamaba urgentemente. Erlon por su parte, no debió obedecer á su gefe inmediato, sino al gefe de los gefes, esto es, al emperador y sin vacilaciones. Con todo, se concibe que, encarnizado en el combate, y viendo crecer á los enemigos en torno suyo, Ney deseara triunfar donde estaba ante todo, sin perjuicio de ir á completar el triunfo de Napoleon de seguida. Tambien se concibe que, al hallarse con malas noticias de los Cuatro Brazos, Erlon se creyera obligado á atender la orden de Ney dada en términos desesperados, y así es que se siente propension á imputar errores tales mas á la fortuna que á los hombres. Y con efecto aquella frase apremiante de *La salvacion de Francia está en vuestras manos*, dicha por Napoleon para exaltar el celo de Ney, é interpretada en el sentido de ser de absoluta necesidad la toma de los Cuatro Brazos, cuando realmente significaba la urgencia de que á la victoria de Ligny se diera completo remate, aquella frase pronunciada para asegurar el triunfo de los designios por Napoleon concebidos, su confusion produjo tan solo; rasgo pasmoso del mal semblante de la fortuna para los franceses, ó por mejor decir prueba palmaria de una situacion forzada, llena de turbaciones, en que, únicamente Napoleon exceptuado, nadie conservaba sus habituales facultades, y situacion creada por el mismo Napoleon al empeñarse en dar nuevo principio á pesar de Europa, á pesar de Francia, á pesar de la razon universal á un reinado ya imposible de todo punto (1).

(1) No terminaré estas largas reflexiones, sin añadir

Cualquiera que fuese el sentimiento experimentado por Napoleon á causa de haber obtenido una victoria incompleta, razon le asistia para estar satisfecho, porque hasta ahora su plan habia

algunas palabras en respuesta á una suposicion gratuita del todo y consistente en dar por seguro que, si despues de muchas idas y venidas, al cabo se decidió el conde de Erlon á dejar la direccion de Bry para tomar la de los Cuatro Brazos, lo hizo en virtud de orden expedida por Napoleon á la postre. En tal caso, los movimientos á un lado y á otro, que todo el día le impidieron ser de utilidad en parte alguna, no seria la culpa de Ney, que absolutamente le quiso tener á su lado, ni tampoco del conde de Erlon, que desobedeció á Napoleon por dar á Ney pronta obediencia, sino de Napoleon que habria renunciado así á la ejecucion de sus órdenes propias. Esta hipótesis ha sido ideada por Mr. Charras en su obra acerca de la campaña de 1815, obra sábia, aguda y admirablemente escrita.

Admisibles son las suposiciones en historia cuando son necesarias para explicar un hecho, que de otro modo seria inexplicable, cuando se fundan en la verosimilitud y en las inducciones sacadas del conjunto de los sucesos. Aquí no hay nada semejante. Lejos de ser inexplicables los hechos sin la suposicion de Mr. Charras, lo son por la suposicion misma. Colocado entre la orden de Napoleon y la del mariscal Ney, sin desconocer la gerarquía, el conde de Erlon dió á interpretaciones, siempre aventuradas en la guerra, y creyendo á Ney en gran peligro y á Napoleon no enterado de que su situacion fuese extremada, se decidió á marchar á los Cuatro Brazos. Con tal dato, claro y sencillo aparece todo; lo que no resulta claro ni sencillo es que, mirando Napoleon el movimiento ordenado como inherente á la suerte de la guerra, se decidiera á dar contraorden respecto del tal movimiento, sin tener tiempo de adquirir noticia de lo que pasaba en los Cuatro Brazos, ni de saber que la situacion de Ney fuera allí tan apurada. Por consiguiente, la suposicion de monsieur Charras hace inexplicable lo que se explica de suyo,

salido á maravilla. Con efecto, habia logrado sorprender á los ejércitos inglés y prusiano, situarse entre uno y otro, vencer al ejército prusiano, contener al inglés, y lanzarlos en direcciones bastante

y lejos de estar en armonía con la verosimilitud, se resiente de inverosímil á todas luces. No obstante, si reposara en algun testimonio, ya que no fuese admitida, al menos habria que tomar la tal suposicion en cuenta; pero testimonios hay dos tan solos, y ambos son diametralmente contrarios. Del conde de Erlon es el uno, y del general Durutte, jefe de una de las divisiones del primer cuerpo, es el otro. Ciertamente, si en materia de órdenes dadas por Napoleon al conde de Erlon hay algun testimonio decisivo, no puede ser otro que el del mismo conde de Erlon á quien iban dirigidas, y por quien debian ser ejecutadas. Pues bien, preguntado por el duque de Elchingen sobre estos sucesos, le dió la siguiente respuesta incluida por este personaje en su escrito, titulado *Documentos inéditos sobre la campaña de 1815*.

«Mas allá de Frasnes me detuve con los generales de la Guardia, y allí fui alcanzado por el general La Bedoyère, quien me enseñó una Nota escrita con lápiz y dirigida al mariscal Ney, en la cual se le mandaba que hiciera marchar sobre Ligny mi cuerpo de tropas. Me previno el general La Bedoyère que ya habia dado la orden para este movimiento, haciendo cambiar de direccion á mi columna, y me indicó el punto donde la podria dar alcance. Aquella direccion tomé sin demora, y al mariscal envié mi jefe de estado mayor el general Delcambre, para enterarle de mi nuevo destino. El señor Ney me lo volvió á despachar al punto y prescribiéndome imperativamente que volviera sobre los Cuatro Brazos, donde se habia empeñado mucho, contando con la cooperacion de mi cuerpo de tropas. *De consiguiente yo debí suponer que allí habia urgencia, cuando el mariscal tomaba sobre sí la responsabilidad de volverme á llamar á su lado, despues de recibir la Nota de que hablé mas arriba.*»

Debió suponer, dice el conde de Erlon, que allí habia

divergentes, para tener tiempo de batir al dia siguiente ó de allí á dos dias al duque de Wellington por separado. Con efecto, habiendo ya perdido Blucher la gran calzada de Namur á los Cuatro

urgencia, cuando el mariscal tomaba sobre sí la responsabilidad de volverme á llamar á su lado, despues de recibir la Nota de que hablé mas arriba....—A la simple lectura de este pasaje resulta á las claras que, si el conde de Erlon hubiera recibido una última orden de Napoleon autorizándole para marchar á los Cuatro Brazos en lugar de ir á Bry, lo dijera sencillamente; porque entonces consignara su justificacion plena una sola palabra, sin que tuviera necesidad de apoyar en la urgencia de la situacion de Ney, ni en la suposicion de que, cuando este mariscal contradecía las órdenes de Napoleon, estaria autorizado para ello. Sin mas que decir lisa y llanamente que Napoleon revocó la orden escrita con lápiz y llevada por La Bedoyère, la explicacion resultara completa y acertada. Asi la forzosa consecuencia es que no recibió la contraorden supuesta, y que le eximiera de responsabilidad del todo, pues no la menciona en la justificacion de su conducta, la cual no tuviera réplica en tal caso. Esta prueba nos parece absoluta é indisputable.

Además existe otro testimonio de no menor bulto, y es el del general Durutte, oficial de gran capacidad y de extensas luces, y jefe de la division del primer cuerpo, que formaba la cabeza de la columna. Tambien redactó una nota, que obra en mi poder, y de la cual cita asimismo el duque de Elchingen un fragmento en la página 71 de su escrito.

Tras de referir el general Durutte cómo en virtud de una orden de Napoleon tomó el conde de Erlon la direccion de Bry para coger de revés á los prusianos, añade lo siguiente: «Estando ya en marcha, muchos ordenanzas del mariscal Ney llegaron á toda prisa, con el objeto de detener al primer cuerpo de tropas, y de hacer que se dirigiera á los Cuatro Brazos. Al traer estas órdenes decían los oficiales que el mariscal Ney se habia encontrado en los Cuatro Brazos con fuerzas superiores, y que de

Brazos, ya no se podia juntar al duque de Wellington por esta via, la única directa, y se hallaba reducido á separarse definitivamente de los ingleses, yendo por Namur hacia las margenes del Rhin, ó á tratar de ir en su busca al rededor de Bruselas, si quería proseguir la campaña. Entre los ejércitos beligerantes y Bruselas, extendiase una selva anchurosa y de gran espesura, la de Soignes, envolviendo esta ciudad del sudoeste al nordeste, presentando una banda de arboles frondosos en el espacio de tres ó cuatro leguas, larga de diez á doce, y por consiguiente de muy difícil paso para ejércitos numerosos y provistos de material considerable. Si privados los prusianos de su comunicacion directa con los ingleses por la

«alli era repelido. Esta segunda orden puso al conde de Erlon en grande embarazo, porque *al mismo tiempo recibia nuevas instancias de la derecha para marchar hacia Bry*. Con todo se decidió á volver hacia el lado del mariscal Ney. Pero como echaba de ver, en union del general Durutte, que el enemigo se hallaba en posicion de hacer que desembocara una columna en el llano extendido entre Bry y el bosque de Delhutte, lo cual cortara por completo la parte del ejército mandada por el emperador de la mandada por el mariscal Ney, se determinó á dejar al general Durutte en esta llanura.»

Este testimonio es tan decisivo como el precedente. Con efecto, por la relacion de un testigo ocular se ve que el conde de Erlon se halló colocado entre dos órdenes contrarias, y que vaciló al pronto, si bien el peligro de Ney le determinó al cabo, y este peligro solo, puesto que añade á renglon seguido que, *al mismo tiempo recibia nuevas instancias de la derecha para marchar hacia Bry*. Ahora bien, las instancias de la derecha no eran otras que las órdenes reiteradas del emperador, y este pasaje demuestra superabundantemente que no fueron revo-

calzada de Namur á los Cuatro Brazos, se querian volver á juntar á ellos, forzoso era que se trasladaran por Gembloux y Wavre al lindero de la selva de Soignes, y efectuasen la reunion delante ó detrás de la misma. Si para mayor seguridad se metian por su espesura para unirse mas lejos, esto es, bajo los muros de Bruselas, no habia motivo alguno de que infundiesen zozobras, pues llegarían demasiado tarde para socorrer á sus aliados. Si por el contrario se les querian unir delante de la selva de Soignes, grave podia ser el peligro, pero hallándose Napoleon actualmente entre los prusianos y los ingleses, y solo á distancia de cinco leguas del lindero de la selva, imposible era que la union se efectuara delante, esto es, á su

cadras, pues, si lo hubieran sido el general Durutte, testigo y participe de aquellas perplejidades, no omitiera decir que una nueva orden del emperador las dispó del todo. De consiguiente resulta con toda evidencia que la suposicion de una última contraorden del emperador es, no solo gratuita, sino opuesta á los dos únicos testimonios conocidos, posibles y concluyentes. Así los movimientos, que hicieron inútil el cuerpo de tropas de Erlon para todos, obra fueron de Ney, que no se quiso reducir á la defensiva, y que á toda costa llamó á Erlon en su ayuda, y obra tambien de Erlon, que, colocado entre dos órdenes contrarias, se dejó arrastrar por los desesperados gritos que partían de los Cuatro Brazos. Esta fué una desgracia que en su origen se remonta á Napoleon, no directamente y por efecto de una orden mal dada, sino indirectamente y á consecuencia del estado moral de sus lugartenientes, del cual era causa general y suprema. En cuanto á que Napoleon fué muy mal político, para declararle tal no se necesita de pruebas; pero en cuanto á lo de mal general; me parece la suposicion temeraria, y así no me puedo resolver á admitirla por mi parte.

vista, á no ser que lo permitiera de voluntad propia, ó que sus logartenientes, encargados de impedir que se llevara á cabo dejaran hacer á los enemigos lo que fuera de su antojo. Además, estando frente á frente de los ingleses en los Cuatro Brazos, ya tenia la certidumbre, hasta donde cabe en lo posible, de acometerlos al dia siguiente y de batirlos antes que los prusianos pudieran llegar en su ayuda. Por consiguiente, no es dudoso que hasta ahora, aun cuando solo estuviesen batidos los prusianos en lugar de destruidos, su plan se habia logrado, pues se hallaba en actitud de encontrar á sus enemigos unos despues de otros. Por otra parte, si los prusianos no estaban destruidos, como lo debian estar sin duda, se hallaban sobremanera maltratados, y á la fracasada maniobra del conde de Erlon se podia suplir con una persecucion activa para la consecucion de los resultados todos. Se trataba de no dejarles al dia siguiente el menor respiro, y de picarles la retaguardia sin descanso, con el fin de que los hombres desbandados vinieran á ser hombres perdidos, y de que el ejército prusiano mermara de resultas de la persecucion tanto como pudiera haber mermado en la misma batalla.

De vuelta Napoleon en Fleurus á cosa de las once de la noche, tras de estar en continuo movimiento desde las cinco de la mañana, se puso á dar las ordenes indispensables antes de entregarse al reposo, de que necesitaba tanto. Siu pormenor alguno acababa de saber que, despues de lidiar la jornada toda, Ney solamente habia logrado contener á los ingleses. Le envió á decir que desde la primera luz de la aurora estuviera sobre las armas

para marchar hácia Bruselas, sin temor á los ingleses, que despues de la batalla de Ligny ya no se podrian mantener en tal punto, pues marchando sobre ellos por la gran calzada de Sombreffe á los Cuatro Brazos, se les rebasaria del todo, si trataban de oponer resistencia. A Pajol le previno que, despues de tomar algun reposo, se lanzara en pos de la huella de los prusianos, y llevara consigo la division de infantería de Teste, destacada del cuerpo de Lobau, á fin de que le diera apoyo contra las acometidas de la caballería prusiana. De seguida se tendió sobre una cama para reponer sus fuerzas con algunas horas de sueño.

Otra vez estaba ya Napoleon en pie á las cinco de la mañana, listo para continuar sus operaciones, y juzgando llegada ya la hora de habérselas con los ingleses. Hallandose fuera de juego los prusianos, á lo menos por dos ó tres dias, á los ingleses era preciso buscar y dar batalla, y con sus soldados, y bajo su mando supremo, no tenia el resultado por dudoso. Como para esta campaña habia adoptado el sistema de dos alas, para reforzarlas alternativamente con su centro, formado por el cuerpo de Lobau, la Guardia y la reserva de caballería, esto es, muy cerca de cuarenta mil hombres, ahora debia abandonar su ala derecha triunfante en Ligny, para trasladarse á su ala izquierda, no vencedora ni vencida en los Cuatro Brazos. Su ala izquierda, ya compuesta de los cuerpos de Heille y de Erlon y de una parte de la gruesa caballería, reforzada al presente por las tropas del centro se elevaria próximamente á setenta y cinco mil soldados, fuerza bastante para hacer cara á los ingleses. Natural era que formase el ala derecha con los

cuerpos que habian combatido en Ligny, y que estaban muy fatigados para dar de seguida una segunda batalla, esto es, del tercer cuerpo á las órdenes de Vandamme, del cuarto á las de Gerard, de la division de Girard, de los cazadores y husares de Pajol, de los dragones de Exelmans, ya puestos bajo el mando del mariscal Grouchy los unos y los otros.

Del todo indicado se hallaba el papel de esta ala derecha, mientras Napoleón estuviera ocupado contra los ingleses, pues no era otro que el de no perder de vista á los prusianos, completar su derrota, ó á lo menos agravar su estado, no permitiéndoles ningún respiro, y contenerlos si trataban de revolver sobre los franceses. Con efecto, incurria de gran tamaño é indigna de un verdadero capitán fuera la de dejar que los prusianos vencidos se hicieran lo que mejor fuese de su agrado, tal vez aspirar á unirse á los ingleses delante de la selva de Soignes, quizá hasta trasladarse á Charleroy, animados por la negligencia de sus vencedores, y amenazar así su espalda, y trastornar sus comunicaciones, y en todos los casos reponerse tranquilamente de su derrota, para llevar el formidable contingente de sus rehechas fuerzas, ora á los ingleses, ora á los rusos y á los austriacos. Por consiguiente, imposible era descuidarlos en tal coyuntura, y como además todos maniobraban á cuatro ó cinco leguas unos de otros, nada mas fácil que tener el destacamento destinado á su persecucion á tal distancia que permitiera siempre atraerlo á sí en la ocasion oportuna. Bueno es añadir que este destacamento debia tener cierta importancia, si se le queria hacer capaz de ocupar, de perseguir y de

contener á los prusianos. No teniendo ya Napoleón mas que ciento diez mil soldados contra ciento noventa mil enemigos, y quizá menos á consecuencia de las pérdidas de las jornadas anteriores, y obligado á reservarse para lidiar contra el duque de Wellington siquiera setenta y cinco mil combatientes, á Grouchy no le podia ceder mas que de treinta y cinco á treinta y seis mil á lo sumo. Pero en manos de un hombre de habilidad y de arrojo eran bastantes contra un ejército batido. Con veinte y seis mil franceses hizo cara el mariscal Davout por el año de 1806 en la memorable jornada de Avers-taedt á setenta mil prusianos. Verdad es que Grouchy no valia lo que Davout, y que entre las disposiciones morales del año de 1815 y las de 1806, se notaba gran diferencia; pero los soldados franceses eran igualmente aguerridos, y además llevaban el valor de la desesperacion á esta campaña.

Napoleón adoptó, pues, el partido indicado por su plan y por la prudencia, de ir con su centro hácia su ala izquierda para lanzarse á combatir á los ingleses, dejando á su derecha el cuidado de perseguir á los prusianos, de agravar su derrota, y de mantenerlos á distancia, mientras con el ejército británico se media en persona. En pie desde las cinco de la mañana, al punto quiso emprender el movimiento, para dar alcance al duque de Wellington en el curso del dia; pero tan corta distancia habia á la selva de Soignes, que era imposible ganar al general inglés en presteza, y solo cabia tener un encuentro con su tropa, si cuadraba á su gusto, pues si se proponia meterse por la espesura, para juntarse detras de la selva de Soignes á los prusianos, toda la prisa que se dedicara á seguir



sus huellas, no haria más que acelerar su retirada, sin la menor eventualidad de darle alcance. Sin embargo, así por carácter como por impaciencia de resolver pronto la cuestion pendiente de vida ó muerte entre Europa y su persona, al punto deseaba Napoleon correr detrás de los ingleses. Pero se le opuso la inmensa fatiga de las tropas, que llevaban tres días de marcha, y dos de ellos de combatir sin reposo. Ciertamente no pensaba hacer uso de los cuerpos tercero y cuarto al mando de Vandamme y de Gerard, cuyos soldados tendidos sobre sangre, en medio de treinta mil cadáveres aun dormian profundo sueño, y no se les podian negar algunas horas para limpiar sus armas, comer el rancho, y gozar, en fin, de algun respiro. Disponiendo del cuerpo de tropas del conde de Lobau, que aun no habia disparado un solo fusilazo, naturalmente queria moverlo antes que otro alguno. Pero era indispensable añadirle tambien la Guardia, que la víspera se habia empeñado vigorosamente en la lucha, y que á pesar de su adhesion grande, sin comer y dormir no se podía pasar de ningun modo. Así combinó los movimientos para esta jornada, de suerte de conciliar la celeridad de las operaciones y la necesidad de descanso que experimentaban las tropas. Como habia que cruzar por los Cuatro Brazos para marchar sobre los ingleses, á Ney que se hallaba en aquel punto le correspondia desfilar primero, y como por un solo desemboque tenia que hacer pasar sus cuarenta mil hombres, con llegar Napoleon á los Cuatro Brazos entre nueve y diez de la mañana, seguridad tenia de estar á tiempo de desfilar de seguida, y como en suma se podia avanzar hasta el lindero de la

selva de Soignes de las dos á las tres de la tarde, aun era posible dar una batalla, como se habia dado la víspera de este dia, siempre que consintieran aceptarla los ingleses. Sin que Napoleon tuviese gran esperanza de este encuentro delante de la selva de Soignes, que deseaba con grande anhelo para creer que los ingleses lo desearan de igual modo, todo lo dispuso para proporcionarlo de ser posible, y en el caso contrario para entrar en Bruselas aquella noche ó á otro dia por la mañana, lo cual podia producir gran efecto moral y lanzar á los ingleses harto lejos de los prusianos. Por tanto dispuso que el conde de Lobau se trasladara delante de todos por la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, de modo de desfilar inmediatamente despues de Ney por este punto. Además determinó que la Guardia siguiera al conde de Lobau, y que la gruesa caballeria siguiera á la Guardia.

Esta disposicion proporcionaria á la Guardia y á la gruesa caballeria dos horas de descanso. En cuanto á los cuerpos de tropas de Vandamme y de Gerard, muy trabajados en la batalla del dia antecedente, para reponerse tendrian toda la mañana, pues antes de ir en persecucion de los prusianos, se necesitaba que la caballeria volviese á encontrar su huella. Sin esta precaucion se corria el riesgo de empeñarse en una via falsa, lo cual no era un inconveniente para la caballeria ligera, que tenia alas, y lo habria sido muy grande para la infanteria, que no tenia mas que piernas, y que estaba ya muy cansada.

Mientras Napoleon despachaba las órdenes precisas, al cuartel general llegaba como á las seis de la mañana el conde de Flahault, que despues de

presenciar los sucesos de los Cuatro Brazos, se habia despedido de Ney durante la noche. Sin la intencion mas remota de causar perjuicio á Ney, cuyo heroismo conmovia hasta á los que desaprobaban su conducta, no ocultó al emperador cuan mediocres habian sido las providencias del mariscal en el combate de los Cuatro Brazos, y con particularidad cuanto dañaba á la rectitud de su juicio militar la agitacion febril de que parecia atacado, aun haciendo, si era posible, que la energia de su adhesion subiera de punto. Ya lo habia echado de ver Napoleón desde el 20 de marzo, pero fuerza era servirse de este héroe sin par así y todo, tal como le habian transformado los sucesos, superiores á la sazón á todos los caracteres. Solamente calculó Napoleón que seria cuerdo tenerle á su lado, para lanzarle como un león á lo mas recio del peligro. A todos los pormenores dados, el conde de Flahault añadió uno de suma importancia, á saber que, desconfiadísimo de los acontecimientos, aun dudaba Ney del resultado de la batalla de Ligny, y lejos de estar pronto á marchar adelante, al revés se inclinaba á conservar la defensiva en los Cuatro Brazos. Esto contrarió á Napoleón por extremo, pues hubiera querido saber que Ney se hallaba ya en movimiento á la hora en que se le hacia sabedor de sus irresoluciones. Al momento hizo que el mariscal Soult escribiese al mariscal Ney, para enterarle de que la batalla de la tarde anterior estaba completamente ganada; para intimarle que marchara intrépidamente y sin pérdida de tiempo á los Cuatro Brazos, porque los ingleses desalojarían este punto, al ver que por la gran calzada de Namur avanzaban cuarenta mil hombres,

dispuestos á cogerles de flanco si se obstinaban en su resistencia; para aconsejarle que mantuviera sus divisiones juntas, y para dirigirle algunos cargos, si bien muy suavizados en la forma, sobre su manera de obrar el dia precedente, la cual habia sido causa de que, en lugar de resultados extraordinarios, solo se hubieran obtenido grandes sin duda, aunque menores de lo que se presentaron en perspectiva y de lo que hacian falta. Al mismo tiempo Napoleón envió oficiales para practicar un reconocimiento sobre la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, y ver si Ney estaba en marcha y el duque de Wellington de retirada. Expedidas estas ordenes á las siete de la mañana, se dirigió á Ligny en coche, y una vez sobre el terreno, montó á caballo para recorrer el campo de batalla, y cuidar de la asistencia de los heridos, y prodigar consuelos y distribuir recompensas á los combatientes del dia anterior, mientras los que iban á combatir ahora adelantaban en su marcha.

Estos consuelos y estas recompensas debíanse de derecho á soldados, que el dia precedente se habian portado con adhesion ilimitada, y bien se puede afirmar que es un excelente cálculo en semejante coyuntura el agradecimiento. A la sazón se ocupaban los soldados de Gerard y de Vandamme en limpiar sus fusiles, en comer el rancho, y en reponerse algun tanto de las fatigas de la anterior y formidable lucha. Apenas descubrieron á Napoleón se lanzaron á su encuentro, agitando los morriones, blandiendo los sables, y prorumpiendo en gritos de entusiasmo. Su sola vista les arrebatava y les resarcia de sus peligros y de sus padecimientos. A la verdad no era tiempo de ninguna

manera perdido, el consagrado á dar satisfaccion y consistencia á sentimientos semejantes. Despues de saludar á los heridos, y de responder con la mano á las aclamaciones de los soldados, Napoleon quiso cruzar sucesivamente las aldeas de Saint-Amand y de Ligny. En lo interior de Saint-Amand casi era igual el número de muertos franceses y prusianos, pero solo se veia un monton de cadáveres de estos últimos á la otra márgen del arroyo. Por recuperar á Saint-Amand se obstinaron los infelices, y así cubrieron con sus cuerpos las inmediaciones de la aldea. Habiendo cogido en banda la artilleria de la Guardia á las reservas prusianas, sobre la escarpa de atrás y hasta el molino de Bry cubrian la tierra cadáveres de hombres, cuerpos de caballos, restos de cañones, y presentaba un espectáculo satisfactorio para los vencedores, pero cruel para la humanidad por extremo. Toda vía el espectáculo era en Ligny mas atroz y espantoso. Allí fué el combate dentro de la aldea, y los soldados pelearon cuerpo á cuerpo, y se degollaron unos á otros con todo el furor de las guerras civiles. En la misma proporción se encontraban allí los muertos franceses y prusianos, y cadáveres se veian tan solo, porque los moradores se habian fugado de sus casas, ó se habian escondido en sus cuevas. Algunos heridos exhalando lastimosos ayes, eran los únicos seres vivos en aquella especie de cementerio. A la salida de Ligny y trepando por el terreno, donde la Guardia imperial habia decidido la victoria, otra vez se veian cadáveres exclusivamente prusianos ó punto menos, y haciendo de aquellos restos humanos una comparacion triste, se podia muy bien decir que en el con-

junto, por cada francés muerto se contaban dos y quizá tres prusianos. Así no hay exageracion en afirmar que si á los franceses les habia costado cerca de nueve mil hombres la batalla, no menos de diez y ocho mil vino á costar á los prusianos, sin incluir la gente desbandada. Prisioneros de los franceses solo quedaron los heridos, y luego mil ó dos mil rezagados, de que se apoderó la caballeria. Además les fueron abandonados treinta cañones. Tras de hacer Napoleon que se recogieran cuantos heridos franceses fué posible, cuidado á que se prestaron solícitos los aldeanos belgas, tambien hizo que levantasen á algunos oficiales prusianos, caidos en proporción mucho mayor que sus soldados. Aquellos valientes oficiales habian pagado con su sangre la violencia de sus pasiones. Napoleon dirigióles una alocucion cortés y generosa, para decirles que Francia, tan aborrecida por los prusianos, no les retribuia odio por odio; que si sobre ellos habia pesado durante las últimas guerras, no fué sino por una justa é inevitable represalia de su agresion de 1792, de la convencion de Pilnitz, del manifiesto de Brunswick y de la guerra de 1806; que á la verdad en 1814 se habian vengado de sobra; que ya era tiempo de poner término á estas sangrientas represalias; que por su parte con la paz mas próxima se aplicaria á tal objeto, y que en testimonio de estas pacíficas intenciones iba á empezar por hacer que fueran atendidos como los oficiales de su propia Guardia. Traducida al alemán de contado la alocucion de Napoleon, fue muy bien acogida por aquellos infelices á quienes saludó á la despedida, y que respondieron al saludo con sus desfallecidas manos. Para su publicacion fué en-

viada á los periódicos la relacion de esta escena, con el designio de calmar las pasiones alemanas, si la victoria era todavía fiel á los franceses por espacio de veinte y cuatro horas.

Llegado Napoleon á las alturas de Bry, echó pie á tierra para aguardar el resultado de los reconocimientos dirigidos hácia los Cuatro Brazos. Conservando la libertad mental de costumbre, con sus generales platicó de los asuntos mas diversos, de la guerra, de la politica, de los partidos en que estaba dividida Francia, de los realistas y de los jacobinos, mostrándose muy contento de lo ya ejecutado en dos dias, y prometiéndose todavía mas para los siguientes (1). Durante esta conversacion

(1) Noblemente inconsolable el mariscal Grouchy de sus faltas militares en 1815, aunque sin quererla: confesar de ningún modo, trató de hacer remontar al dia 17 de junio el origen del tiempo perdido al dia siguiente, y en una relacion inexacta pintó á Napoleon durante esta mañana, perdiendo el tiempo á la manera de un príncipe conversador y perezoso é irresoluto. Dificil es conocer por este retrato al hombre llegado en veinte dias á París desde la isla de Elba, al hombre que en dos dias solo se habia lanzado improvisamente entre los ejércitos inglés y prusiano, aun antes de que se pudieran apereibir de su presencia. A nadie se persuadirá de que se hizo de repente flojo é irresoluto Napoleon: que, pudiendo aguardar la guerra en Champaña, á Belgica la habia llevado atrevidamente, para proporcionar la coyuntura de sorprender y de batir á los ejércitos enemigos unos despues de otros. Pero el mariscal Grouchy obió á semejanza de muchos testigos oculares, que, no estando en el secreto de las ideas de los personajes que tienen á la vista, á menudo les atribuyen las mas quiméricas y pueriles. Al pintar á Napoleon de manera de suponer que en la mañana del 17 de junio obraba á semejanza de un príncipe oriental, aban-

recibió el primer parte de los oficiales enviados sobre la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, y supo que en lugar de encontrar á Ney en este último punto, aun se habia encontrado allí á los ingleses. Bajo la impresion de muy vivo disgusto hizo que se despachara á Ney otra nueva orden con la intimacion de que emprendiera el avance, sin hacer caso de los ingleses á quienes se cogeria de flanco, si llegaban á oponer resistencia, y previno al conde de Lobau que apresurara la marcha sobre los Cuatro Brazos, é hizo que se acelerara la partida de la Guardia. Acto continuo se aprestó por sí á la marcha para dirigir el movimiento en persona. A este tiempo mismo recibió un parte del general Pajol, que desde el amanecer se habia lanzado tras la huella de los prusianos. Segun este

donando con disgusto su reposo, el mariscal Grouchy demuestra simplemente que no estaba al alcance de la situacion en tales momentos, pues ignoraba ó no comprendia que Napoleon necesitaba aguardar lo siguiente: 1.º que Ney hubiese destilado por los Cuatro Brazos con cuarenta mil hombres; 2.º que el conde de Lobau se hallase en marcha hácia el mismo punto; 3.º que la Guardia comiese el rancho y dejase sus vivasques; 4.º que algunas noticias de la caballeria de Pajol llegasen á dar idea de la direccion tomada por los prusianos. Ya eran entonces muy cerca de las ocho de la mañana, y á la verdad no era mucho tiempo el de dos ó tres horas para que todas estas cosas pudieran quedar realizadas. Mientras se llevaban á cabo, Napoleon platicaba con sus generales de los asuntos mas diversos, y siempre en posesion de una libertad de espíritu que no suelen conservar los hombres, cuando les preocupan asuntos de gran monta, y que dá claro testimonio de que son muy dignos de llevar el peso de estos designios trascendentales, pues aparecen superiores á todo.

parte bastante singular se habían cogido fugitivos y particularmente cañones sobre la parte de Namur y por consiguiente en direccion de Lieja. De este primer indicio se debía inferir que se encaminaban hácia las márgenes del Rhin los prusianos, y que, dejando que se apoyaran de continuo en el mar los ingleses, ya iban á hacer la campaña en union de los austriacos y de los rusos. Napoleón no creía de ningún modo que abrazaran este partido. Conociendo á Blücher muy á fondo, por supuesto daba que trataria de juntarse á los ingleses delante ó detrás de la selva de Saignes, y que por consiguiente en direccion de Wavre se necesitaba ir en su busca. No obstante, así en la guerra como en la política no hay que hacerse esclavo de las verosimilitudes, y sin dejar de darlas en los cálculos la preferencia debida, necesario es tener abierto el espíritu á todas las eventualidades. Esto es lo que Napoleón hizo cabalmente. Al lado de su persona tenia al mariscal Grouchy en tales momentos, y verbalmente dióle sus instrucciones, resultantes de la situación hasta el punto de concebirse sin ser enunciadas. Le recomendó que persiguiera á los prusianos á todo trance, y agravara su derrota cuanto le fuera posible, é impedirles á lo menos que se repusiesen demasiado pronto, y especialmente no perderlos nunca de vista, y maniobrar de manera de estar de continuo en comunicacion con el gran ejército de los franceses, y siempre entre este ejército y los prusianos. Asustado el mariscal Grouchy, fuerza es hacerle esta justicia, de verse abandonado á sí propio en circunstancias tan delicadas, á Napoleón expresó su pesar con modestia, é igualmente manifestóse muy

apurado en punto á descubrir el camino que seguirian los prusianos. Napoleón le respondió que para comunicarse con el cuartel general tenia la gran calzada de Namur á Bruselas, y por tanto, en actitud de solicitar y de recibir órdenes se hallaria siempre; que ciertamente el parte enviado por el general Pajol acerca de la marcha de los prusianos podia dar margen á incertidumbres, pero que no tenia que hacer sino lanzar su caballeria hácia Wavre por un lado y hácia Namur por otro, y de esta manera sabria á qué atenerse á la vuelta de algunas horas. Montando entonces á caballo, Napoleón le repitió de viva voz y con insistencia marcada:— *Sobre todo empujad vivamente á los prusianos, y manteneos siempre en comunicacion conmigo por vuestra izquierda* (1). En observancia de las or-

(1) Todos estos pormenores se los debo á un testigo ocular, que me los ha repetido muchas veces, á causa de tenerlos todavía, según su dicho, como delante de los ojos, y este testigo es el mariscal Gerard, uno de los hombres más rectos y más veraces que he tratado nunca. Me los han confirmado también muchos testigos de vista y de oídas. Por su parte el mariscal Grouchy ha tratado de hacer que nazcan dudas acerca de la fidelidad de las instrucciones que le fueron dadas; sin embargo, sus mismas aserciones y sus cartas á Napoleón ponen de manifiesto los siguientes puntos esenciales: 1.º que debía ir en busca de los prusianos; 2.º acosarlos vivamente; 3.º no perderlos nunca de vista; 4.º mantenerse en comunicacion con el cuartel general; 5.º y último, esforzarse por separar á los prusianos de los ingleses. Para las deducciones que de este gran debate histórico deben ser sacadas, de sobra hay con estar bien sentados tales puntos. En todo caso de los hechos y de la situación se derivaban de tal modo las instrucciones dadas al mariscal Grouchy que, aun sin tener la prueba y la confesion de ellas, bien cabe afirmar que no recibió otras.

denes de Napoleon partió el mariscal Grouchy de seguida, y su primer movimiento fué el de correr hácia el camino de Namur, donde el general Pajol habia ya recogido asi fugitivos como cañones. Napoleon dejábale el cuerpo de Vandamme reducido á trece mil hombres, el de Gerard reducido á mil menos, á Pajol y á Exelmans, con mil ochocientos jinetes al primero, y con tres mil doscientos el segundo. Además le dejaba la division de Teste, destacada del cuerpo del conde de Lobau y fuerte de muy cerca de tres mil hombres de infantería. Asi juntaba un total de treinta y tres mil combatientes, sin incluir la division de Girard, que habia perdido todos sus generales, y ya solo contaba dos mil quinientos soldados. Esta se hubo de quedar atrás para reponerse un poco, y atender á sus heridos, y guardar á Charleroy, lo cual ahorra á Grouchy de enviar ningun destacamento hácia tal punto.

Napoleon, juntando las tropas de Ney, y las del conde de Lobau, reducidas á dos divisiones, y la Guardia, y los coraceros de Milhaud, y la division de Subervic tomada á Pajol, consigo llevaba al rededor de setenta mil hombres. Bastantes eran para destrozár á los ingleses, atendida la calidad de las tropas, si no tenia que lidiar contra dos ejércitos á consecuencia de una inmensa falta ó de una inmensa desventura. Con los treinta y seis mil hombres dejados á Grouchy, incluida la division de Girard en la cuenta, con los cuatro mil hombres agregados al tren y al gran parque, aun le quedaban ciento diez mil soldados, ya descontados los catorce mil muertos ó heridos, que se perdieron en muchos combates y dos batallas. Ciertamente

de los últimos sucesos mas tenian por qué lamentarse los prusianos y los ingleses, que entre muertos, heridos y desbandados acababan de perder de treinta á cuarenta mil hombres; así hasta ahora el resultado de la campaña se podia considerar en plena ventaja de los franceses. No se necesitaba mas que una jornada feliz para que fuera decisivo de todo punto.

Napoleon dejó las alturas de Bry á eso de las once de la mañana (1), y al galope se trasladó á la

(1) Estas horas cito á tenor de las indicaciones mas seguras. El mariscal Grouchy ha citado otras distintas; pero en materia de horas, segun se verá mas adelante, probado está de lleno que se ha equivocado casi de continuo, y que sus indicaciones son completamente erróneas en este punto. Por lo demás, véanse dos pruebas de la inexactitud con que el mariscal Grouchy ha citado las horas en sus diversas relaciones, inexactitud no imputable á su carácter, sino al sentimiento que experimentaba de haber cometido tan funesta falta, y al deseo muy natural de descargarse de ella. Contando los sucesos de la mañana del 18 de junio ha supuesto que á las seis salió de Gembloux. Pues bien, de pruebas irrefragables resulta que la salida tuvo lugar á las ocho para una parte de las tropas, á las nueve para otra parte, y aun á las diez respecto de algunas. Tambien ha supuesto que el consejo de marchar hácia donde retambaba el cañoneo, se le dió á las tres de la tarde del 18 de junio. Pues bien, demostrado está por testimonios contestes, y cuya exactitud ha reconocido posteriormente, que el consejo se le dió á las once de la mañana. Al citar estos hechos, no es nuestro designio atacar la veracidad del mariscal de ningun modo, sino patentizar que en la turbacion, de que estaba poseido á consecuencia de sus recuerdos, sus aseveraciones no pueden ser admitidas con confianza, sobre todo en lo relativo á las horas, que es lo mas difícil de fijar así en los sucesos militares como en los sucesos civiles.

gran calzada de Namur á los Cuatro Brazos, para observar lo que acontecia en aquel punto. A la Guardia halló pronta á abandonar sus vivaques, al conde de Lobau en plena marcha hácia los Cuatro Brazos, y llegado ya á Marbais por entonces. Desde este último sitio divisó Napoleon á los ingleses guerrilleando sobre la gran calzada, y en ademán de no haber aun evacuado los Cuatro Brazos, lo cual demostraba que no habia Ney operado movimiento alguno. Sin embargo, ya mas cerca se vió que los ingleses se retiraban poco á poco á la vista de la infantería francesa, que desde el punto culminante de los Cuatro Brazos podian perfectamente descubrir sobre la calzada de Namur en columna cerrada. A la izquierda de los franceses, esto es, hácia la parte de Frasnes, tambien se divisaban uniformes encarnados, lo cual no daba motivo á zozobra, pero sí á muy extrañas incertidumbres. ¿Como Ney, despues de las órdenes recibidas y con la seguridad de ser apoyado no habia marchado todavia, y sobre todo cómo se hallaba rodeado de ingleses? Muy pronto se aclaró el misterio, pues los uniformes pertenecian á los lanceros rojos de la Guardia, á quienes se tomó por ingleses, y que, observados por la caballería ligera á menor distancia, reconocidos fueron como franceses y tratados como tales. Sin embargo, ninguna porción de las tropas de Ney habia emprendido el movimiento. Por las inmediaciones se veia al primer cuerpo, que no habiendo peleado la tarde precedente y no estando siquiera trabajado por la fatiga, con su gefe el conde de Erlon habia tomado la posicion más avanzada hácia los Cuatro Brazos. Napoleon envióle la orden de marchar sin

demora, y en persona corrió sobre los ingleses, que ya iban de retirada. Pero necesitaba hacer que desfilasen por un solo desemboque las tropas, y no eran muchas tres horas para que setenta mil hombres cruzaran el puente de Genappe, situado sobre el camino de Bruselas. Con todo, si el tiempo seguia hermoso, posible era llegar á las cuatro de la tarde á las cercanias de la selva de Soignes, frente á la posicion del Monte de San Juan y en actitud de dar batalla desde aquella hora hasta las nueve de la noche. Por desgracia la atmosfera se cargaba de nubes, y comenzaba una de las tempestades de verano, que por espacio de algunas horas dejan impracticables los caminos. A mayor abundamiento, Napoleon no se habia prometido tampoco dar alcance en el curso del dia á los ingleses, ni habia considerado una batalla delante de la selva de Soignes sino como un efecto de su voluntad plena, en la cual no convenia cifrar las esperanzas. Si realmente se decidian á la pelea, sin duda harian alto, y á otro dia se les tendria de frente, en lugar de tenerlos durante la actual jornada, lo cual no era de sentir por las tropas. Entre Marbais y los Cuatro Brazos, la caballería ligera soltada á traves de los campos sobre la derecha de los franceses vió trigos derribados por el paso de tropas numerosas, y esto demostraba que un cuerpo prusiano habia echado por el camino de Tilly, que á lo largo del curso del Dyle conduce á Wavre. Semejante indicacion daba absolutamente por tierra con la suposicion de que hácia las margenes del Rhin se hubiesen retirado los prusianos, y no teniendo Napoleon á su lado al mariscal Soult en estos momentos, del gran ma-

risca Bertrand se valió para dar al mariscal Grouchy una dirección mas positiva que la que le había señalado de viva voz dos horas antes. Le previno que se dirigiera á Gembloux, por estar sobre el camino de Wavre, y tener así la ventaja de mantener por la vieja calzada romana la comunicación con Namur y Lieja. Le recomendó igualmente que adquiriera buenas noticias hácia todos lados, y no olvidara un solo instante que, si podían estar en ánimo de separarse de los ingleses y de volver á los márgenes del Rhin, también podían tener voluntad de juntárseles para dar una segunda batalla en las cercanías de Bruselas, y que en todo caso tuviera siempre reunidas sus divisiones sobre una legua de terreno, y se hallara de continuo detrás de la huella de los enemigos para descubrir sus verdaderas intenciones, y sembrara el camino de puestos de caballería á fin de hallarse en comunicación con el cuartel general á todas horas.

Al recibir Napoleon al mariscal Ney en los Cuatro Brazos, de su propia boca supo sus vacilaciones durante esta mañana. Fuertemente afectado de resultados de los sucesos de la tarde precedente, el mariscal no se había atrevido á emprender el avance, creyendo siempre que á la totalidad del ejército inglés tenía encima, y no dió un paso hácia adelante, hasta que á la vista del conde de Lobau se empezaron á retirar los ingleses. Luego trató de buscar excusas á su lentitud, y Napoleon se limitó á dirigirle algunas observaciones, bien que exentas de toda amargura, por no agitarle mas de lo que estaba realmente. Sin embargo, los soldados, cuya sagacidad estaba muy al cabo de que había

algo de que reconvenir al *valiente de los valientes*, no dejaron de contar entre sí que el *Rougeot*, como llamaban al mariscal ilustre, había llevado una buena reprimenda. Con viva impaciencia aguardó Napoleon el de-file de las tropas á través de los Cuatro Brazos, aun no concluido á las tres de la tarde.

A esta hora poco mas ó menos, del cielo cargado de densas nubes empezaron á caer torrentes de agua, y una lluvia de verano como se ven pocas inundó repentinamente los campos circunvecinos. Algunos instantes despues quedó transformado el pais en un vasto pantano, impracticable así para los hombres como para los caballos. Obligadas se vieron las tropas de los diversos cuerpos de ejército á reunirse al punto sobre las dos calzadas empedradas, la de Namur y la de Charleroy, que se juntaban para no formar sino una en los Cuatro Brazos. Muy luego el atascamiento fué allí extraordinario, y confundidas en tropel espantoso marchaban las tropas de todas armas. Este espectáculo afflictivo eximia de toda pesadumbre por los retrasos de la mañana, pues, aun cuando se emprendiera el movimiento tres horas antes, tal desbordamiento del cielo interrumpiera de igual modo las operaciones militares, y tanto la mañana como la tarde redundaran en provecho de los ingleses, que teniendo intencion de esperar sobre la excelente posición del Monte de San Juan á pie firme, no podían menos de sacar ventaja de cuanto dificultara el ataque.

Las tropas sucedíanse en el órden siguiente; la caballería ligera de Subervic, los coraceros de Milhaud con algunas baterías de artillería montada, la